

SOLO LIBROS / reseñas

JAIME ABAD VÁSQUEZ, DAVID ACHIG BALAREZO, JOSÉ CABRERA VICUÑA, ERNESTO CAÑIZARES AGUILAR, GLADYS ESKOLA TORRES, JACINTO LANDÍVAR HEREDIA, RAÚL PINO ANDRADE. *HISTORIA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, 1867-2017*. CUENCA: FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, 2017, 164 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i48.702>

Fragilidades inherentes al paso del tiempo, como el silencio o el olvido, estimulan la necesidad de recordar. Esta acción puede organizarse en clave de relatos que construyen, legitiman o cuestionan los acontecimientos del pasado, desde su vínculo con el presente. Es, en esencia, tal empeño aquel que se ve reflejado en la producción de “Historia de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, 1867-2017”, obra que conmemora la trayectoria de siglo y medio alcanzada por dicha institución.

Este trabajo fue promovido durante la gestión de Pablo Vanegas y María de Lourdes Huiracocha, rector y decana de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, respectivamente, quienes consideraron inevitable la tarea de escribir la historia de una entidad sesquicentaria que contribuyó a la sociedad con la formación de profesionales y el desarrollo de la salud.¹ Mientras, su elaboración estuvo a cargo de un equipo de salubristas con formación social e interdisciplinaria, vinculados al campo de la investigación, la antropología, la educación y la historia como Gladys Eskola, Jacinto Landívar, Ernesto Cañizares, David Achig, Raúl Pino, Jaime Abad y José Cabrera.

Para configurar esta obra, los autores han elaborado estudios en los que exponen “los principales acontecimientos [de la institución] por períodos históricos inmersos en los hechos nacionales e internacionales”.² Dicha tarea se articula a partir de documentación primaria (actas y documentos oficiales

1. María de Lourdes Viracocha, “Prólogo”. En *Historia de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, 1867-2017* (Cuenca: Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Cuenca, 2017), 7.

2. *Ibíd.*

referentes al gobierno de la institución), con base en la cual se han suministrado relatos de orden, fundamentalmente, narrativo-descriptivo.

El establecimiento de la Corporación Universitaria del Azuay y su Facultad de Medicina (1867) constituyen la primera etapa histórica, abordada por Landívar y Abad. Aquí se despliegan los pormenores de esta iniciativa ejecutada, tardíamente, ante las necesidades educativas de la región sur del país; así como el precario desarrollo que tuvo hasta finales de siglo, dado su funcionamiento codependiente y el tipo de formación elitista, teórica e insuficiente. A partir de este panorama se entrevé una Cuenca decimonónica de lento tránsito hacia modernidad política, que arrastraba rasgos de antiguo régimen. Entre ellos, la dinámica corporativista, el predominio de poderes locales y la ausencia de procesos secularizantes en la sociedad. De esta forma, los sujetos, las prácticas y las instituciones relacionadas a la educación y la salud se encontraban regidos por la autoridad de la Iglesia.

Al desarrollar el período siguiente, 1895-1944, Cañizares y Landívar identifican el impacto de la política alfarista que atizó la arraigada identidad católica-conservadora de la población cuencana.³ A su vez, hablan del proceso modernizante de la sociedad y el Estado a partir de siglo XX, de acuerdo con el cual se produjo la transformación de la Corporación Universitaria en Universidad del Azuay (1897) y, más tarde, Universidad de Cuenca. Un segundo momento alude al contexto social de los años veinte y treinta, época en la que emergió un rectorado de línea liberal y el primer movimiento estudiantil. Es importante referir la identificación realizada en torno a la figura del médico cuencano durante esta temporalidad, quien pasa de perfilarse como un ilustrado notable y polifacético, vinculado a la educación, la política y las artes, a ser un profesional moderno, con un rol más activo en la sociedad frente al desarrollo del paradigma público, social e higienista de la salud correspondiente a dichas décadas.

En la etapa 1944-1977, David Achig describe el panorama de la salud en el país, y destaca la ampliación institucional de dicho campo, los avances en la situación sanitaria de la población y el desarrollo de los primeros programas de salud nacional y rural. Dentro del ámbito universitario, refiere el paulatino avance a nivel académico, docente e infraestructural; así como las reivindicaciones estudiantiles producidas en la coyuntura de la segunda reforma universitaria. Dentro de esta temporalidad, Gladys Eskola aborda la creación de la Escuela de Enfermería. La autora propone un análisis del contexto de la educación en enfermería en Ecuador y Latinoamérica, con base en la periodización histórica de la investigadora colombiana Ana Luisa Velandia. Tras sus inicios

3. Ernesto Cañizares Aguilar, "Sucesos en la Facultad (1895-1944)". En *Historia de la Facultad de Ciencias Médicas...*, 29.

preprofesionales y técnicos, en los años sesenta se produjo el posicionamiento universitario de esta carrera. En dicha época se inserta la escuela de Cuenca, cuyo desenvolvimiento estuvo asociado a la política nacional de salud y a las tendencias de educación delineadas por organismos internacionales.

El cierre de este período se marca con una crisis producida en la Facultad, en 1977. Pino narra que para ese año ascendieron autoridades de tendencia reformista e izquierda, quienes integraron a Gladys Eskola, profesora de enfermería y afiliada al partido maoísta, como subdecano.⁴ En oposición, una cincuentaena de profesores presentó su renuncia y algunos estudiantes se tomaron violentamente las instalaciones. Pino analiza este rechazo argumentando la jerarquía que alcanzó una mujer con tendencia política contraria a la de un gran bastión masculino de tendencia conservadora.⁵ Sin embargo, Eskola presenta un testimonio que resitúa el significado de tales acontecimientos. Propone que más allá de una confrontación ideológica, el rechazo a su participación política respondió a un condicionamiento de género y clase.⁶ Con dicha elección “la costumbre perdió piso, la tradición fue negada, golpeada la autoridad masculina, removido el estatus médico... Era comprensible, se eligió autoridad de la Facultad a una mujer, militante de izquierda, extraña a Cuenca, de familia nada ilustre y enfermera”.⁷ Esta reinterpretación enriquece la perspectiva historiográfica sobre la facultad, a la vez que recupera una voz inexistente en los discursos oficiales anteriormente producidos sobre la universidad.

Los sucesos más recientes los refiere Pino, quien identifica que desde 1980 se han producido cambios relacionados con el funcionamiento de la facultad y su mejoramiento académico. Entre ellos, impulso a la investigación, reestructuración del pènsium, recambio generacional de profesores y ampliación de la oferta educativa mediante la diversificación de carreras –como la de Tecnología Médica, analizada por Cabrera– y la oferta de cursos de posgrado. Cambios que a su vez han estado atravesados por los desafíos de las políticas de educación superior de la última década.

Este conjunto de trabajos restituye efectivamente el lugar de una institución icónica dentro el ámbito educativo del Austro ecuatoriano. Sin embargo, en su desarrollo presenta restricciones de orden metodológico asociadas a la persistencia del paradigma positivista. Algunos rasgos de dicho modelo se vislumbran en la prioridad dada a la evidencia escrita oficial como recurso objetivo para sustentar los hechos del pasado que se está refiriendo.

4. Raúl Pino Andrade, “Crisis de la Facultad de Ciencias Médicas en 1977, aproximaciones a su historia”. En *Historia de la Facultad de Ciencias Médicas...*, 101.

5. *Ibíd.*, 102.

6. Gladys Eskola Torres, “Una mujer y enfermera en el subdecanato (1977-1979). La memoria de lo no escrito”. En *Historia de la Facultad de Ciencias Médicas...*, 118.

7. *Ibíd.*, 114.

Por consiguiente, sus contenidos afincan la memoria de los acontecimientos más trascendentales de la facultad; actores identificados con las ilustres generaciones de médicos, docentes o autoridades, y sus grandes legados. Es decir, la obra traduce una labor legitimante de esta institución insigne, en la que el espacio de interpelación a sus acciones, conflictos y mediaciones es muy limitado. Adicionalmente, la mayor parte de relatos se desenvuelven mediante una dinámica explicativa que alterna referencias sobre el contexto económico, social y político de la ciudad, el país o el mundo, y la descripción de los sucesos gestados en la facultad. Frente a ello, la ausencia de un tratamiento crítico-interpretativo hace que las posibilidades de la elaboración historiográfica se limiten a una dimensión descriptivo-narrativa.

Más allá de estos inconvenientes, *Historia de la Facultad...* coloca a la luz un campo temático poco estudiado dentro de los debates historiográficos. A partir de procesos locales relacionados con la educación y la salud, proporciona un enfoque sobre la sociedad decimonónica cuencana y su tránsito hacia la modernidad, cuya dinámica no se soluciona únicamente entre estrictos márgenes políticos o económicos. En cuanto a su novedad temática, su contribución también consiste en superar la clásica historia de la medicina, cuyas narrativas se centraban en el pensamiento médico. De esta forma se aproxima más bien al terreno de la historia de la salud, que ha desarrollado interés sobre la salud pública, sus prácticas, sujetos, instituciones o procesos profesionalizantes.

De cara a este horizonte, queda abierta la oportunidad de ampliar el debate escudriñando la conflictividad de los procesos descritos, así como la dimensión de los sujetos, sus voces y acciones. Estas reflexiones necesitan aún agotar las posibilidades del procedimiento historiográfico, diversificar fuentes y suscitar un diálogo teórico. En fin, aplicar recursos que permitan penetrar los entramados de género, clase y poder que se esconden bajo la dinámica de esta insigne institución, a lo largo de su vasta trayectoria en la formación de profesionales de la salud.

Milagros Villarreal Rivera
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

EDUARDO CRUZAT CARRASCO. *MONSEÑOR EMILIO STHELE:
EL HUMANISMO AL SERVICIO DE DIOS*. SANTIAGO DE CHILE:
ESCAPARATE, 2016, 219 PP.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i48.703>

Monseñor Emilio Lorenzo Sthele Keller fue un católico alemán que, junto con numerosos religiosos, se desplaza a América Latina teniendo una participación activa en la vida religiosa, pero también en la convulsión social y política que acontece en el continente durante el siglo XX. Se trata de un obispo que sufre la Segunda Guerra Mundial con la muerte de dos de sus hermanos, y con su encarcelación en un campo de prisioneros franceses; presidio en el que descubre su vocación religiosa a través del seminario de teólogos que, de manera insólita, se encarga de proponer en ese controvertido contexto.

Esta experiencia parece forjar al “Obispo constructor”, como será conocido más tarde en Ecuador, y al religioso que predica con su ejemplo ofreciendo un diálogo sincero y orientado a la concreción del bien buscado; dialéctica que es reconocida en los distintos e intrincados escenarios de violencia de El Salvador o Colombia, entre otros. Así como en su mediación con la corriente de la Teología de la Liberación que surge, y de la que no huye con su apuesta por la unidad de la Iglesia latinoamericana respetando su propia diversidad.

La vida poco conocida de tan insigne personaje es relatada por Eduardo Cruzat Carrasco mediante un ensayo biográfico que intenta rescatar la relevancia de su experiencia de vida, como aderezo para comprender el pasado reciente en el que se desarrolló, así como su futuro más inmediato ejemplificado en el acuerdo de paz en Colombia en 2016, y que aconseja la prudencia y capacidad de diálogo que identifica al protagonista de la obra. El autor de este ensayo (profesor de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Sede Santo Domingo) tiene una dilatada experiencia docente en distintas universidades latinoamericanas (Chile, México y Ecuador), ha ocupado distintos cargos en investigación, y es autor de diversas publicaciones historiográficas.

La obra queda estructurada en cinco capítulos: el primero se encarga de realizar un repaso de su historia en Alemania, proveniente de una familia de campesinos; su adolescencia y juventud viene marcada por el nacionalsocialismo y la fractura de la Iglesia germana, así como la experiencia de pérdida de sus dos hermanos (uno en el campo de batalla y el otro por los propios nazis) y su presidio en un campo de prisioneros francés desde el que orientará su vocación sacerdotal. El segundo capítulo contextualiza su llegada a Latinoamérica tras los estudios de Filosofía y Teología; concretamente, Sthele es destinado inicialmente a Bogotá con la misión de cuidar la parroquia de

los católicos de lengua alemana en Colombia, y desde la que se proyectará su misión a los demás países de la región latinoamericana. Allí entabla amistad con el sacerdote Camilo Torres Restrepo, quien tiene especial interés en el dominio de la lengua alemana, y del que sufre la frustración de su pérdida, así como el fracaso en su labor persuasiva por alejarlo de la lucha armada.

Sin embargo, su labor de constructor de puentes la consagra tanto en su labor de mediador en la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Puebla, en 1979 (México), con la presencia de los partidarios de la Teología de la Liberación, como en la reconocida intermediación para la paz en la guerra civil de El Salvador, que ocupa buena parte del tercer capítulo. Por otro lado, el obispo constructor será esencial en el levantamiento de la parroquia alemana de Bogotá visibilizada en la parroquia de San Miguel, o en la creación de la Prelatura de Santo Domingo de los Colorados (Ecuador) como obispo auxiliar de Quito y vicario episcopal, lo que le hace valedor del calificativo de vicealcalde de Santo Domingo. Entre los distintos proyectos que se cuentan a lo largo del cuarto capítulo se pueden mencionar la consecución de terrenos para el Jardín Botánico Julio Marrero Giráldez de la Universidad Católica, su participación en la construcción de distintos puentes como los del río Toachi y Mulaute, el levantamiento de la institución universitaria o su encargo a los misioneros identes con la aquiescencia de los jesuitas, por mencionar algunos.

Además de su trabajo de construcción y de consecución de fondos nacionales e internacionales, su labor formativa irá acompañada del evangelio, ante la "inculturación" existente en esta latitud, y que será otro de los frentes de trabajo de monseñor.

En el último capítulo se explica las circunstancias en las que se produjo la prohibición del acceso a Colombia del protagonista y su intento de secuestro en la Casa Episcopal en Santo Domingo, cuestión que supuso un punto de inflexión para su regreso a Alemania.

Si bien el autor destaca su lado social y político más que la faceta religiosa del obispo, se puede percibir en el relato de su vida que los acontecimientos que protagoniza provienen de su profundo sentido cristiano desde el cual enfoca su realidad para transformarla. Así, cuidar el diálogo se convierte en una aspiración constante a lo largo de su vida; esta es una esperanza permanente en las personas para que sean capaces de cambiar mediante su ejercicio. Diálogo que, por otro lado, ofrece e intenta formar en su entorno a través de la compasión y la prudencia, como cuando, por ejemplo, el autor relata las visitas de los comandantes de la guerrilla a los heridos en el conflicto de El Salvador.

Esta confianza en la capacidad transformativa del diálogo se constata con su intermediación en la búsqueda de la paz en El Salvador (será pro-

puesto para el Premio Nobel de la Paz por su trabajo en el acuerdo); en el encuentro que mantiene con Fidel Castro para evitar la internacionalización del conflicto, llegando a ser incluido en una lista de los que debían ser asesinados; o en su participación activa en el canje de prisioneros políticos, al arriesgar su vida en cada encuentro en países como Colombia, Nicaragua, Perú, Chile o Ecuador, por mencionar algunos de los ejemplos que se detallan a lo largo de la obra.

Con el calificativo de “constructor de puentes” es conocido en distintos horizontes de la Iglesia latinoamericana, pues su labor hacia el diálogo desde la prudencia y su participación activa en las transformaciones sociales y políticas cuentan la vida de este obispo; en este caso, desde la mirada de un profesor chileno afincado en Ecuador, que intenta acercarse a la experiencia del sacerdote alemán para rescatar su misión y compartirla en tanto orienta su mensaje al cuidado de la dignidad de la persona, consagrada en su esperanza hacia la compasión del prójimo.

Queda a la reflexión del lector el aporte de este “Obispo Constructor” a la cultura política, social y religiosa del Ecuador y de Latinoamérica.

Fernando Lara Lara
Pontificia Universidad Católica del Ecuador,
Sede Santo Domingo

ÉDISON MACÍAS NÚÑEZ. *GENERAL GUILLERMO RODRÍGUEZ LARA*.
QUITO: EDITOGRAN / MEDIOS PÚBLICOS EP, 2017, 300 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i48.704>

En la operación historiográfica se utilizan los testimonios orales como una herramienta para la reconstrucción del pasado. La hegemonía del presente sobre el pasado en el discurso histórico es del orden de la experiencia y está sostenido, en el caso del testimonio, por la memoria y la subjetividad.¹

Es importante conocer los diversos datos que se han producido en la memoria de las personas, percibir algo que no sabemos o no tenemos modo de conocer.² El libro intitulado *General Guillermo Rodríguez Lara*, escrito por el teniente coronel en servicio pasivo Édison Macías Núñez, presenta una reconstrucción histórica estableciendo una conexión entre testimonio y memo-

1. Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013), 65.

2. Alessandro Portelli, “Lo que hace diferente a la historia oral”. En *La historia oral*, comp. por Dora Schwarzstein (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina), 37.

ria, partiendo del relato oral de experiencias y narración de acontecimientos sobre la vida del general mediante entrevista, cotejando los hechos históricos de su vida con fuentes escritas y estudiando sus archivos personales con fotografías familiares.

El libro tiene doce capítulos. En ellos, el autor analiza los primeros años del general en su natal Pujilí, sus progenitores y hermanos. Su educación primaria, secundaria y la legitimidad de identificar tempranamente su vocación: "la carrera de las armas".

Macías determina las cualidades académicas del cadete Guillermo Rodríguez durante su formación en el Colegio Militar, quien luego de destacarse entre sus compañeros, obtuvo una beca que le permitió graduarse con honores como subteniente del arma de ingeniería en la Escuela Militar José María Córdova de Colombia. Continuaría sus estudios en la Escuela de Artillería e Ingenieros, y al obtener las más altas calificaciones fue enviado a continuar con su preparación en la Escuela Superior Técnica de Argentina, donde se graduó exitosamente de ingeniero civil, conocimientos que, según el autor, los aplicó como oficial superior del Ejército ecuatoriano y cuando dirigió los destinos del país presidiendo el Gobierno Militar (1972-1976).

El texto revela también la unión matrimonial con su compañera de toda una vida, Aída Judith León Lara, y sus hijos. En este sentido, el autor discute y considera la carrera militar como una profesión de relaciones humanas, con características propias que la distinguen del resto de las profesiones en el marco de la sociedad.

El texto retoma y presenta al oficial ecuatoriano como profesor de la Escuela de las Américas, quien, a solicitud del Ejército y del Gobierno de los Estados Unidos, instruyó a oficiales alumnos de diferentes países. Se resalta, también, al alumno e instructor de la Academia de Guerra del Ejército ecuatoriano, al director del Colegio Militar y al general de la República, que mostró sus reconocidas capacidades de docente durante una trayectoria militar en la que formó a gran cantidad de estudiantes civiles y militares.

Édison Macías analiza los acontecimientos que provocaron el derrocamiento de José María Velasco Ibarra durante el Carnaval del 16 de febrero de 1972 y da a conocer cómo fue que llegaron al poder las Fuerzas Armadas, con el gobierno revolucionario y nacionalista encabezado por Rodríguez Lara.

Se resalta, en este libro, la promulgación de la Ley de Aguas, de Fomento Pesquero y Minero, la aplicación de la Ley de Hidrocarburos, la creación como entidad pública de la Corporación Estatal Petrolera Ecuatoriana (CEPE), el impulso de Transnave, la Ley de la Reforma Agraria, la creación de la Dirección de Industrias del Ejército (DINE), la construcción de la Refinería de Esmeraldas, la incorporación del Ecuador a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la creación del Instituto Oceano-

gráfico Ecuatoriano y la adquisición de armamento y equipo para Fuerzas Armadas. Estos logros son descritos por Macías como aspectos positivos de un proceso de transformación y crecimiento del país. Así como también la actitud de rechazo a injerencias o presiones de gobiernos extranjeros, como la no participación en la denominada “Operación Cóndor” en la que participaron varios regímenes militares del Cono Sur.

Además, Edison Macías Núñez reflexiona en este libro sobre los aspectos negativos del régimen presidido por Rodríguez Lara, que fueron censurados por la prensa nacional y por sus adversarios políticos, como el crecimiento burocrático, la creación de tribunales de justicia especiales, el incremento de precios de artículos de primera necesidad que el gobierno no pudo controlar adecuadamente, el fracaso de la reforma agraria que propició crisis en el campo, la represión violenta de huelgas y protestas estudiantiles, entre otras. Finalmente, se mencionan también los arrestos a varios dirigentes políticos, muchos de los cuales fueron confinados a destacamentos militares en el Oriente ecuatoriano. Estos hechos provocaron descontento paulatino en varios sectores de la sociedad ecuatoriana.

El libro reseñado presenta una recreación narrativa conjunta entre el testigo y el historiador, basados en los recuerdos y vivencias de Rodríguez Lara. Alessandro Portelli define a esta técnica como “premio y maldición de la Historia Oral: la subjetividad”, proceso mediante el cual los individuos expresan los sentidos de sí mismos en la historia. Para evitar este tipo de representaciones, el autor-editor de la obra cotejó la información proporcionada por el testimoniante con fuentes escritas.

Como oficial del Ejército ecuatoriano, historiador e integrante del Centro de Estudios Históricos del Ejército (CEHE), considero que esta biografía representa un importante aporte a la historia militar de la institución castrense, fortaleciendo de esta manera la identidad militar y la imagen cultural de la Fuerza Terrestre del Ecuador.

Con este volumen, se inicia la publicación de un conjunto de libros de carácter histórico y de interés profesional, con biografías de líderes militares con incidencia histórica en el acontecer institucional, nacional y mundial. Un proyecto que se propone recuperar y divulgar el patrimonio histórico del Ejército ecuatoriano.

Jorge Martínez Bucheli
*Centro de Estudios Históricos del Ejército /
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador*

CHIARA PAGNOTTA, *SITUANDO LOS MÁRGENES DE LA NACIÓN. LOS ITALIANOS EN ECUADOR (SIGLO XIX-XX)*. QUITO: ABYA-YALA, 2016, 198 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i48.705>

En *Situando los márgenes de la nación. Los italianos en Ecuador (siglo XIX-XX)*, Chiara Pagnotta aborda la historia de la inmigración italiana en el país andino entre la Independencia y 1952. La obra está separada en cinco capítulos que abarcan, respectivamente, un período histórico particular dentro de los años mencionados. El principal objetivo que define la autora en la introducción es identificar, en una perspectiva de larga duración, el papel ideológico que ha tenido la inmigración proveniente de aquella nación latina sobre la construcción del Estado-nación ecuatoriano. Pagnotta asegura que, a pesar de que la mayoría de proyectos para atraer ciudadanos italianos al país no cuajaron debido a la falta de recursos del Estado para garantizar a los recién llegados un futuro promisorio, rastrear estos planes no concretados ofrece pistas acerca de los imaginarios de ciudadanía y de nación que se han impulsado a lo largo de los siglos XIX y XX. Argumenta, además que, si bien la inmigración italiana en Ecuador no es representativa desde un punto de vista cuantitativo, sí lo es desde una óptica cualitativa en la medida en que ha cumplido un rol significativo en la construcción de la nación. Estamos ante un libro ameno y de lectura fluida, sin embargo, a mi parecer, la historiadora no logra su cometido en tanto se salta un par de preguntas clave para demostrar la supuesta importancia ideológica de la inmigración italiana en Ecuador.

A modo de antecedentes, se narran, en el primer capítulo, las complicaciones de la época colonial para migrar hacia América desde los territorios que hoy en día conforman Italia y que, en ese entonces, estaban bajo influencia ibérica. El segundo capítulo, abarca el siglo XIX republicano, de 1830-1895, durante el cual a la inmigración europea se le otorgó una función de mejoramiento social que se apoyaba en las ideas positivistas de Auguste Comte y Herbert Spencer. Pagnotta explica que la sociedad era entendida como un cuerpo social dentro de un proceso evolutivo en el que las naciones europeas ocupaban la cúspide civilizatoria. El uso estratégico del discurso darwinista para avalar la supuesta inferioridad física y moral de la raza indígena respaldó la idea de que los indios necesitaban de la tutela europea para desarrollar plenamente su potencial humano. Pagnotta concluye que esta noción y el hecho de que las élites gubernamentales vieran a la ascendencia europea y católica como un elemento distintivo de la ecuatorianidad, se vio reflejado en su afán por promover una inmigración que cumpliera con

estas características. Señala que el factor religioso cobró particular importancia con el ascenso de García Moreno y su proyecto de organizar el Estado ecuatoriano sobre la base de un catolicismo intransigente. Años más tarde, el progresismo para el cual el progreso era, según Pagnotta, “una ideología, un proceso y una finalidad” pretendió nuevamente estimular, por medio de la inmigración, el “blanqueamiento” de la población, considerado un sinónimo de mejora racial. Por primera vez se establecieron estructuras para impedir el arribo al país de aquellas nacionalidades consideradas nocivas y una competencia perniciosa para la inmigración deseada. Así, en 1889 se promulgó un decreto que prohibía la inmigración china, hecho que, según Pagnotta, evidencia el temor y los prejuicios de las élites hacia las clases populares. Me parece que, en este punto, hace falta evidencia explícita que respalde esta afirmación. ¿Cuál es la relación que hacen las élites políticas entre la inmigración china y las clases populares nacionales?

Las implicaciones que tuvo la Revolución Liberal sobre la inmigración italiana y los planes psrs atraerla es abordada en el tercer capítulo. La ruptura entre el Estado ecuatoriano y la Iglesia implicó la expulsión de los salesianos italianos dedicados a obras educativas y misioneras en el país. (¿Qué impacto tuvieron las misiones y enseñanzas de estos clérigos sobre la comunidad imaginada de los ecuatorianos?). Se continuó viendo con buenos ojos a la inmigración “blanca” –particularmente a aquella de los países latinos– y desdeñando a la población china y negra, así como a la peruana debido al conflicto en curso con el país vecino. El período liberal coincidió con la época de la Gran Migración en Italia que se produjo tanto por razones económicas como por exilio político y fue, según Pagnotta, una manifestación de la mundialización del mercado laboral generada por una previa movilidad de capitales. A pesar de los escasos resultados de la política pro-inmigratoria ecuatoriana, a lo largo del siglo XIX, se formó en Guayaquil una pequeña colonia italiana compuesta en su mayor parte por comerciantes provenientes de Liguria. En medio del éxito cacaotero y del surgimiento de diversas sociedades, clubes y asociaciones, surgió, en 1882, la Sociedad Garibaldi de asistencia para los italianos, con alrededor de un centenar de integrantes pertenecientes, en su mayoría, a la élite empresarial italiana. ¿Tuvo esta pequeña colonia incidencia ideológica sobre los imaginarios de ciudadanía y de nación de los guayaquileños? Pagnotta nos queda debiendo este análisis.

El cuarto capítulo versa sobre el período entreguerras en Europa que coincide con una época de depresión económica y de predominio de la oligarquía liberal en Ecuador (1912-1924). Es en esta etapa cuando las élites ecuatorianas comenzaron a pensar en un proyecto nacional-identitario capaz de integrar a las clases populares, a las poblaciones rurales y a los indígenas. Por otro lado, el ascenso del fascismo en Italia hizo que los italianos en Ecu-

dor dejaran de ser percibidos solamente como elementos de progreso y que comenzaran a ser temidos como potenciales difusores de ideas consideradas perniciosas. Me parece que aquí cabría preguntarse cómo se concebía la ecuatorianidad frente a la alteridad fascista.

Por último, la época entre 1938 y 1952 es analizada en el quinto capítulo. Durante la Segunda Guerra Mundial, la política internacional del país se caracterizó por un rápido acercamiento político y económico a Estados Unidos y un consecuente alejamiento de las naciones europeas. ¿Qué consecuencias trajo este cambio para los imaginarios nacionales? Por esos mismos años, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, fundada en 1944, fortaleció la oficialización de la nación mestiza como comunidad imaginada. Esto coincidió con el surgimiento de una política restrictiva frente a la inmigración y, en general, con un sentimiento en contra de los extranjeros. Especialmente, los migrantes de los países del eje fueron objeto de sospechas y represiones sin precedente. Según Pagnotta, a mediados de los años treinta y a lo largo de los años cuarenta, a la discriminación racial que había caracterizado a las políticas migratorias ecuatorianas hasta entonces, se sumó una discriminación de carácter político-ideológico. Ofrece evidencia de que por medio de trámites burocráticos se intentó dificultar soterradamente la inmigración de judíos que huían de la persecución nazi. Pagnotta aclara que si bien la presencia de los judíos italianos en Ecuador no fue relevante –solo una veintena de judíos italianos residían en el país en 1939 y se preveía la llegada de unos ochenta más–, sí lo fue en términos cualitativos, en tanto en 1922 un grupo de judíos italianos creó la sociedad Laboratorios Industriales Farmacéuticos Ecuatorianos, LIFE, que se convirtió en la industria farmacéutica ecuatoriana más importante de la época. Pero ¿tuvo esta sociedad un impacto en el proyecto de construcción nacional? Terminada la guerra, las fronteras se abrieron nuevamente. No obstante, los posteriores intentos de la Compañía Agrícola de Colonización en el Ecuador (CACE) de captar fondos para canalizar migración italiana al Ecuador no lograron su cometido, con lo que, según Pagnotta, “se cerraron prácticamente cien años en los que se había intentado, de diversas formas, la colonización del Ecuador con mano de obra italiana” (p. 175).

Pagnotta logra constatar la relación que existe entre los distintos proyectos de identidad nacional que se han desarrollado en Ecuador en el transcurso de los siglos XIX y XX, y los cambios en la política migratoria que ha impulsado el Estado con respecto a los ciudadanos italianos. Testifica la utilización oportunista que hicieron las élites ecuatorianas del siglo XIX de las teorías eugenésicas y del darwinismo social para lidiar con la cuestión indígena, mantener los privilegios heredados del Antiguo Régimen y favorecer una inmigración con la que se identificaban. Evidencia, además cuán relacionado está el tema de la identidad nacional con los fenómenos y suce-

sos transnacionales y la historia mundial. Por último, ejemplifica cómo “el siglo XX es el momento en el que la historia se vuelve global”, al señalar que Ecuador no pudo permanecer indiferente ante una guerra manejada por las potencias del hemisferio norte. No obstante, pienso que la obra de Pagnotta adolece de una confusión de enfoque y objetivos. Por un lado, la autora aspira a comprender el papel ideológico que ha tenido la inmigración italiana al interior del Estado-nación ecuatoriano, es decir, a demostrar su importancia cualitativa en los proyectos nacionales (p. 15). Argumenta que el análisis de los distintos proyectos para atraer migración italiana al país da cuenta de la concepción de nación que tenían las élites políticas de cada período a pesar de que estos planes no se hayan concretado. Se mueve, en este sentido, en el plano de los imaginarios y en el ámbito de la historia cultural. No obstante, cita a Braudel para inscribir su obra dentro de la “historia de grupos, de destinos colectivos, de movimientos de conjunto. *Una historia social* donde todo se mueve a partir de hombre, de los hombres, mas no de las cosas” (p. 18). De hecho, gran parte del texto está dedicado a analizar la perspectiva de las autoridades italianas acerca de las posibilidades de migrar al Ecuador, la situación de los migrantes antes de partir hacia América, los puertos de embarque, la formación espontánea de redes de apoyo, los agentes migratorios, la ambivalente política migratoria del régimen fascista, etc. Si bien estos datos no dejan de ser interesantes, no aportan en nada a su objetivo inicial. Con esto no quiero decir que no se pueda combinar un enfoque de historia social sobre movimientos migratorios con uno de historia cultural. Sin embargo, al no probar la importancia cualitativa que supone ha tenido la migración italiana en la construcción del Estado-nación ecuatoriano, este cometido no se logra de manera satisfactoria.

Isabel Mena
Universidad Central del Ecuador

MARÍA ISABEL MENA MORA, *LA BARONESA DE WILSON Y LAS METÁFORAS SOBRE AMÉRICA Y SUS MUJERES, 1874-1890*. SERIE MAGÍSTER 190, QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR / CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2015, 103 pp.

DOI: <http://dx.doi.org/10.29078/rp.v0i48.709>

Más allá de mirar a la protagonista del relato como una figura intrépida, cuya presencia femenina en la historia predisponga a un relato romántico sobre su vida, María Isabel Mena se propone escribir la trayectoria de Emilia Serrano, “la Baronesa de Wilson”, desde las conexiones que generó

entre el universo social multifacético de la incipiente vida republicana de su natal España y el continente americano, describiendo las condiciones que le llevaron a recorrer “sola, en barco, a pie y a lomo de mula, el continente americano desde Canadá hasta la Patagonia en un viaje de más de quince años, y a escribir libros enteros sobre Hispanoamérica y las mujeres hispanoamericanas” (p. 27).

La autora describe cómo Serrano logra cimentar su identidad a partir de la empatía con otras mujeres de su época, construyendo mecanismos para que aquellas mujeres –a las que consideraba parte de un “nosotras”– se construyeran a sí mismas, y pone el énfasis en analizar la complejidad de las relaciones, encuentros, desencuentros y prácticas inherentes al ejercicio de interpelar la retórica patriarcal dominante. Así Mena explora aquellos eventos en la vida de Serrano que delinearon una identidad femenina particular, enmarcada en la pluralidad de todo aquello que conoció: una identidad “unitaria” que ocupó espacios diversos, como respuesta a las demandas políticas de una vida republicana decimonónica cuyo predominio masculino le impelaba a generar un tránsito entre lo público y lo privado; mostrando, en definitiva, la vida de la mujer viajera más allá de sus hazañas, tomando por eje los desplazamientos que llevó a cabo en lo que ella entendía como una contribución al progreso de su “madre” España, y de Hispanoamérica en su conjunto.

En el relato que nos convoca, Isabel Mena inicia preguntándose por las particularidades que llevaron a Emilia Serrano a “alejarse de las normas” a través de los viajes que emprendió y los escritos que resultaron de aquellas experiencias. “La agencia”, como aquella dimensión estructurante de la disciplina histórica que permite identificar a los sujetos a partir de su movilidad en la construcción del pasado, ha sido genuinamente rastreada en esta investigación. La mujer protagonista del relato es el núcleo que conecta varias historias y permite dar cuenta de la excepcionalidad de sus búsquedas personales como puntos de giro en los relatos nacionales; de la irrupción política de una mujer que, como otras de su época, generó rupturas desde su diámetro de incidencia, eligiendo adoptar un rol para el que “no estaba destinada”, pero que le permitió negociar para sí y para otras mujeres como ella, mayores espacios de movilidad a partir de los propios códigos del pensamiento católico y conservador que ella defendía.

Isabel Mena tuvo, en primer lugar, la sensibilidad de mirar en esta mujer una entrada a la vida de otras mujeres de Hispanoamérica y España que participaron en la construcción de sus naciones. La autora hace un sutil desplazamiento entre la figura de Emilia Serrano y una diversidad de problemas que atañen a las mujeres del siglo XIX: la política conservadora, el catolicismo, las “modernidades múltiples”, las prácticas, la construcción de sentidos,

los espacios, la cultura y las interacciones sociales. A partir de la baronesa de Wilson es posible explorar los modos de pensar y los significados que, en el marco de una interacción simbólica disputada entre la heteronormatividad patriarcal y la búsqueda de reconocimiento subalterno, las mujeres derivaban de sus propias experiencias.

La autora nos habla de las mujeres en una época que interactuaron y negociaron estratégicamente desde un terreno político que condensó en sus lenguajes la búsqueda de mayores espacios de movilidad para sí mismas, y que, en el caso de Serrano, dicha movilidad no abogó por la emancipación femenina como sus pares anglosajonas, sino que estuvo enfocada en una revalorización de la maternidad, del rol complementario de la mujer en la sociedad, y del papel de las mujeres en la vida pública sin descuidar la seguridad de la familia y el hogar. Para ello, la autora decide recurrir a un análisis lingüístico de las metáforas que emplea Serrano para referirse a la naturaleza femenina de la nación, la familia y la república.

Al mismo tiempo, la historia de esta mujer española permite conocer paralelamente algo de cada rincón que ella visitó, no desde la distancia del viajero que exotiza lo extraño, sino desde la reciprocidad empática de quien se siente parte de una cultura, una lengua y un pasado. La historia de Serrano permite conocer a otras mujeres que, como ella, apoyaron la educación de la mujer, su entrada al mundo laboral y al debate público, negociando con los códigos de la política conservadora “sin contradecir la convención social hegemónica que define a la mujer como ángel del hogar doméstico, pero sí aprovechando su potencialidad”.

Todo ello es articulado por Mena desde un análisis de las metáforas que emplea la baronesa en sus escritos para “entender las concepciones sociales implícitas en su pensamiento y las estrategias que utiliza para buscar nuevos espacios de expresión para las mujeres republicanas, sin romper con la corriente conservadora a la que se adhiere”.

En el primer capítulo, la autora describe la forma de posicionamiento que adopta la baronesa de Wilson frente a una tradición europea masculina que relacionaba lo femenino con la debilidad, la dependencia, la necesidad de amparo, protección e instrucción, a partir de la conquista de la “salvaje” América. Así, desde la legitimidad que le otorga su posición de viajera española, católica e ilustrada, Serrano interpela estas metáforas que naturalizaban la condición de inferioridad del continente americano y sus mujeres, resaltando el aporte de ellas a la construcción nacional, mostrando a “Hispanoamérica bajo la luz positiva del progreso, el esfuerzo y la innovación, y a la cultura hispánica como moralmente superior y portadora de paz y de progreso” (p. 24). A partir de ello, Mena describe las estrategias retóricas de Serrano como un interés por “construirse a sí misma como una mujer

independiente y valiente, miembro de un espacio cultural importante y promotora de un movimiento transcontinental como el panhispanismo” (p. 24).

El segundo capítulo, por su parte, explora las ideas de Serrano en el terreno de la modernidad católica, que encuentra en la religión un “faro capaz de guiar a la república hacia el progreso”. Así, el catolicismo es considerado por la baronesa como un elemento catalizador de una evolución civilizatoria basada en el progreso moral que solo puede edificarse en “la senda iluminada por el faro de la religión” (p. 52). A partir de la relación “religión-progreso”, Serrano busca ampliar el rango de posibilidades que las mujeres como ella tienen para participar en la construcción de la sociedad. Para examinar estas ideas, Isabel Mena recurre al análisis de tres metáforas que Emilia Serrano emplea en sus escritos: “la sociedad republicana es una familia católica, la república es una madre protectora, y el Evangelio es un código republicano de igualdad e inclusión”. La primera metáfora, como sostiene Mena, “invierte a la familia de relevancia nacional”, y es a partir de esta relación que logra construirse una valoración implícita del espacio doméstico que permite demandar mayor reconocimiento para la mujer. La segunda metáfora, en cambio, “insiste en la maternidad como la misión fundamental de la mujer republicana”, y esto a su vez resalta la importancia femenina para la formación de los futuros ciudadanos de la nación, reclamando un acceso de las mujeres a la educación y al trabajo remunerado. Por último, la metáfora del evangelio como un “código de igualdad e inclusión” busca equiparar la situación de hombres y mujeres en términos de derechos individuales y colectivos; mas, como anota la autora, aquella “igualdad” está “supeditada a la idea de que hombres y mujeres cumplen misiones diferentes y que la misión divina de la mujer es la de ser esposa y madre”.

En el tercer y último capítulo, Isabel Mena explica la estrategia discursiva que Serrano emplea contra la llamada “emancipación femenina” por la que abogaban sus pares anglosajonas, para negociar, en cambio, con los códigos de la política conservadora a fin de posicionar la “misión femenina” como el canal de intervención que las mujeres pueden explotar para lograr mayor reconocimiento, sin ser despreciadas por intentar adoptar roles que no les eran propios, o “naturales”.

De este modo, se entretiene la estrategia argumentativa que Emilia Serrano ideó para “abogar por mayor libertad e influencia para las mujeres en el espacio público sin contradecir al *ethos* conservador” (p. 31). En este proceso, Mena examina las tres ocupaciones femeninas que Serrano considera “idóneas para la mujer republicana de Hispanoamérica: la de profesora, la de organizadora de tertulias literarias y la de escritora”; y afirma que la maniobra discursiva de la baronesa se orientó a “compatibilizar estos oficios con el ideal de la mujer como «ángel del hogar»” (p. 25), pues cada uno de

ellos compaginaba con la misión femenina orientada “naturalmente” a la maternidad. Así, explica que la profesora puede cumplir el rol de “segunda madre”; la organizadora de tertulias literarias se muestra como un “ángel del hogar” que ejerce la labor de anfitriona, y finalmente, la escritora es aquella mujer que dedica su labor a “ganar un sustento económico sin abandonar el espacio doméstico”.

Isabel Mena sugiere que el posicionamiento discursivo de Emilia Serrano tuvo una clara finalidad de legitimar sus demandas de reconocimiento sin contravenir el orden social dominante que consideraba a la mujer como “ángel del hogar”, pues de este modo ella contaba con “la aceptación y el auspicio de las élites políticas, económicas y sociales iberoamericanas [para] llevar a cabo sus viajes y publicaciones”.

Más allá de eso, la autora muestra cómo efectivamente estas acciones repercutieron a la larga en el activismo femenino por derechos y reconocimiento, pues aquellas “señoritas” que pudieron formarse como profesoras permitieron “una gran movilidad social y de sus filas salieron muchas de las agentes feministas de principios del siglo XX”. La negociación estratégica de mujeres como Serrano incidió en la apertura de las mujeres al espacio público a través de sus demandas por la educación, el trabajo remunerado y la libre asociación femenina “sin renunciar al título de ‘ángel del hogar’, sino precisamente ampliando sus posibilidades”.

De este modo, el texto de Isabel Mena logra articular de forma creativa una arista en la historia de género del siglo XIX, a partir de la trayectoria de una mujer, los tejidos sociales que estructuró y las estrategias discursivas con que logró interpelar la lógica dominante de su tiempo. Esta obra se inscribe en una línea historiográfica que encuentra en el terreno lingüístico un modo de aproximarse al pasado, explorando los pensamientos, ideas y sentimientos de los actores que hicieron historia y que, al mismo tiempo, se orientan a reconocer el legítimo papel que tienen las mujeres como agentes de su tiempo.

Natasha Sandoval Vega
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador